

# Calidad de vida en Chile: Reflexiones críticas sobre las mediciones

*Antonio Cortés*

## RESUMEN

Entre la realidad de la calidad de vida y las percepciones que la gente tiene sobre ella siempre hay una relación conflictiva, disonante. ¿Se equivocan las mediciones sobre la realidad, se equivocan las personas en sus percepciones, se equivocan ambas o nadie lo hace? Tal vez el problema esencial no estriba en estas preguntas, sino en cómo y en virtud de qué se miden las variantes y en cómo se analizan las relaciones entre ambas. Este artículo se concentra en este último aspecto: las metodologías, las cosmovisiones, los conceptos, los propósitos que se han impuesto en los instrumentos y análisis sobre el tema. Así, el hilo vertebral del artículo está en detección de una sumatoria de carencias analíticas que son las que, en el fondo, establecen el grado de desavenencias o contradicciones que habitualmente aparecen entre percepciones y realidades de la calidad de vida. Congruentemente, se postula la necesidad de revisar las mecánicas analíticas para que los estudios sobre la materia sirvan efectivamente al diseño de políticas públicas, sociales y culturales destinadas al mejoramiento de la calidad de vida.

■ **Antonio Cortés** es sociólogo y analista político. Es autor de los libros “Problemas históricos de la sociedad chilena” (México), 1978; “Gramsci: Teoría política” (Chile), 1989; “El circuito extrainstitucional del poder” (Chile), 2000, así como de innumerables trabajos sobre sociología y teoría política publicados en revistas chilenas y latinoamericanas. Fue profesor de la Universidad Autónoma de México desde 1976 a 1985, en las carreras de Sociología, Economía y Ciencias Sociales. Fue columnista estable del diario *La Época*, desde 1993 hasta su cierre en 1998, y del diario *La Nación* entre los años 1999 y 2000. Actualmente es Director Ejecutivo del Centro de Estudios Sociales AVANCE.

---

**ANTONIO CORTÉS**, Director Ejecutivo del Centro de Estudios Sociales AVANCE, Merced 152, Of. 1-A, Santiago, Chile.

Fax: (562) 664 0259

Correo electrónico: cortesterzi@123mail.cl

## INTRODUCCIÓN

### Desde la empiria:

Es natural que exista una distancia entre las mediciones objetivas de calidad de vida y las percepciones sobre ella. Es consubstancial a la condición humana el inconformismo con la realidad. La distancia entre percepción y realidad se vuelve preocupante cuando alcanza niveles a simple vista desproporcionados o, en la época moderna, cuando las mediciones de uno y otro momento se diferencian en extremo. En Chile la cuestión de las diferencias entre realidades de calidad de vida y percepciones individuales y sociales sobre la misma volvió a la palestra a partir de dos hechos circunstanciales que ocurrieron en los años 1997 y 1998.

El primer de ellos fue la elección parlamentaria de diciembre de 1997. En ese evento, las fuerzas políticas gobernantes sobrepasaron apenas por décimas el 50% del total de sufragios, lo que representaba una baja electoral notable en términos porcentuales y absolutos. El segundo hecho, en 1998, fue la difusión del Informe de Desarrollo Humano del PNUD que constataba, y sostenía como tesis central, una extendida y elocuente molestia social. Elecciones y encuestas, en suma, indicaban que no eran positivas las percepciones sobre lo que ocurría en el país. No obstante, a esas fechas, todos los indicadores destinados a medir objetivamente la calidad de vida del país eran positivos y, en el mayor número de casos, extraordinariamente positivos. ¿Por qué entonces esos resultados electorales y esos resultados de las encuestas?

El objetivo de este artículo no es tratar en particular esas experiencias, esas disonancias coyunturales. Su misión es interrogar y conjeturar acerca del porqué de esas disonancias.

### 1. Reflexiones críticas sobre conceptos e instrumentos

Al analizar la relación que existe entre realidad y percepción de la calidad de vida se plantean varias interrogantes de orden metodológico, algunas de las cuales, por lo demás, están presentes en muchos de los temas de estudios de las ciencias políticas y sociales.

El solo hecho de distinguir taxativamente entre realidades y percepciones, sin definir y conceptualizar con rigor ambas categorías, sin detectar y describir sus nexos y las organicidades que las vinculan, es de por sí expresivo de dificultades metodológicas y de límites cognoscitivos que surgen a propósito de esa distinción.

Es evidente que en este tipo de análisis, con el término *realidad* se alude a los datos inmediatamente cuantificables que se suponen definen *objetivamente* los índices y la esencia *real* de lo que es calidad de vida. Y es evidente, también, que con el vocablo *percepción* se hace referencia a lecturas o valoraciones *subjetivas* que tienen individuos o colectivos particulares acerca de la calidad de vida.

¡Cuán objetivos son los datos sobre la realidad de la calidad de vida! ¿Cuáles son los antecedentes que subyacen a las miradas con las que las personas perciben la realidad? ¿Cómo se construye y conforma la subjetividad que perciben? ¿Qué tan congruentes son los parámetros objetivos y subjetivos que se comparan?

### 1.1 El medir la realidad: algunas prevenciones

La adopción de un criterio único para describir lo que es calidad de vida entraña grados de subjetividad, de ahistoricismo y de presupuestos valóricos universalmente homogéneos.

- Subjetividad, porque ¿quién decide lo que es la realidad de la calidad de vida? Se podría decir que las mediciones son afectadas en base a ciertos datos objetivos. Con todo, aún cabe la pregunta, en la selección de esos datos objetivos ¿no participan percepciones, subjetividades acerca de lo que *objetivamente* mediría la calidad de vida? Además, ¿quiénes y cómo los ordenan y jerarquizan?
- Ahistoricismo, porque la calidad de vida real y objetivamente posible varía de acuerdo a estadios históricos, esto es a niveles de desarrollo históricamente determinados nacional o regionalmente.
- Y de homogeneización valórica, porque la aplicación de un criterio único para determinar calidad de vida es una negación de las diferencias culturales y valóricas en la definición o percepción que cada sociedad o comunidad hace sobre su calidad de vida.

Por otra parte, la distinción sin conceptualización entre realidad y percepciones puede inducir a errores o debilidades analíticas.

En efecto, los considerandos reales u objetivos con los que se mide la calidad de vida se establecen a partir del supuesto de que coinciden con las percepciones que los sujetos y grupos tienen acerca de ella. Puesto a la inversa: se supone que las percepciones generales que la gente tiene sobre calidad de vida están efectivamente incorporadas en los considerandos que se usan para medir real u objetivamente los índices de calidad de vida. Existen coincidencias entre las percepciones y los elementos de medición cuantitativa, pero éstas no son absolutas. La relativización de las coincidencias tiene una primerísima fuente de origen: la concepción, el ideario y los indicadores sobre la calidad de vida que se usan en los estudios están sustraídos de la que empíricamente es alcanzada por los países más avanzados. Ahora bien, en los estudios o en su aplicación en los países en desarrollo normalmente se omite esa obvia constatación y se descuidan algunas de sus consecuencias, de las cuales relevamos dos:

- En lo grueso, los países centrales han tenido, históricamente, desarrollos económicos y en calidades de vida más o menos similares, al menos, sin las abismales diferencias de riquezas que han existido y existen entre ellos y las naciones en desarrollo. Por consiguiente, allí no actuaron o no tuvieron relevancia dos fenómenos que han jugado trascendentes papeles en los países atrasados: el llamado “efecto de demostración” y la llamada “revolución de aspiraciones”. Como se sabe, el primer fenómeno alude a cómo—merced a la expansión de los medios de comunicación—se tornan visibles y se muestran casi tangiblemente los estándares de vida de los países ricos en los países pobres. El segundo fenómeno, la “revolución de aspiraciones”, dice relación con las expectativas sociales que crea “el efecto de demostración”, con la radicalización y urgencia que adquieren las aspiraciones de consumo y existencia. De aquí que una misma concepción de calidad de vida genera percepciones muy distintas en uno y otro mundo.

- En los países avanzados, el progreso económico de hoy ha sido resultado de un largo período histórico de predominio de una economía capitalista o de mercado. Desde hace mucho que el desarrollo económico se realiza bajo el imperio de relaciones capitalistas típicas y que éstas se encuentran asumidas cultural, conductual y valóricamente. En los países atrasados, Chile incluido, el imperio y tipificación de las economías de mercado son de mucho menor data. Incluso, puede considerársele como un proceso no terminado. Para los efectos de este análisis, la consecuencia más importante es que, en estos países, los padrones culturales, conductuales y valóricos propios de una sociedad capitalista todavía están en fase de instalación, de absorción por parte de las culturas nacionales tradicionales. En el plano de lo cultural y valórico viven un tránsito, una etapa en la que coexisten valores y conductas surgidas de los pasados precapitalistas, semicapitalistas o de retrasos capitalistas con valores y conductas que se corresponden a los que inspiran las relaciones capitalistas modernas. Lo que en Chile se ha denominado “crisis de valores” se relaciona, precisamente, con este proceso de construcción/desconstrucción cultural que conlleva las céleres transformaciones de lo que algunos han definido como “revolución capitalista”. Si se acepta que los parámetros empleados para medir la calidad de vida están uniformados en virtud de la realidad del capitalismo desarrollado, en los países avanzados no se plantean grandes disonancias respecto de los antecedentes culturales que definen las percepciones de las personas, puesto que la cultura social ha internado y expresa las relaciones y conductas idóneas a una economía de mercado típica. En Chile, en cambio, las percepciones se mueven en un terreno más pantanoso, dado que su cultura nacional todavía no asimila en plenitud las realidades conductuales y los valores del capitalismo contemporáneo y perviven en ella visiones y valores ancestrales.

Por otra parte, la inevitable fragmentación de la realidad que hacen los indicadores conlleva también a limitaciones cognoscitivas.

La primera de ellas es que la unidad de estudio, o sea, la calidad de vida, pierde claridad en su identificación como objeto de estudio unitario. ¿Qué es la calidad de vida en sí? ¿Cómo se determina el nivel de calidad de vida en tanto tal? La respuesta se busca en los indicadores, pero éstos evalúan fragmentos de la realidad o de las percepciones sobre tal realidad. ¿Cómo integrar estos informes fragmentados sin un concepto previo y totalizador de lo que es calidad de vida, objetiva y subjetivamente concebida?

Probablemente los mejores estudios sobre la materia son los que realiza el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Por lo mismo, sus trabajos sobre Desarrollo Humano en Chile son sintomáticos con respecto a la carencia señalada: cada año elige un aspecto unificador distinto de las variantes que, si bien, alude a la calidad de vida, no la agota en una dimensión totalizadora.

La segunda limitación que surge de la fragmentación de los indicadores tiene que ver con un asunto de mayor complejidad analítica. El mejoramiento de un índice sobre calidad de vida puede afectar negativamente a otros factores indicativos de ésta o a su globalidad. Un ejemplo: si bien el crecimiento del número de hogares que accede al consumo de televisión es un dato contemplado como indicador de mejoría de calidad de vida, los elementos sobre asociatividad también cumplen dicha función. El problema es que entre ambos indicadores, no obstante, se presenta una situación contradictoria o, al menos, conflictiva.

En el último Informe del PNUD, correspondiente al año 2000 y que tiene el sugerente título **Más Sociedad para Gobernar el Futuro**, lo asociativo aparece considerado como dato real u objetivo y como percepción de calidad de vida (o de seguridad o desarrollo humano, según el lenguaje del Informe). Éste dice: “*La calidad de la vida social importa. Ella representa un valor en sí mismo, como se verá más adelante, pero también un recurso*”. Después señala: “*Las conversaciones [práctica asociativa] desembocan en una valoración positiva de los sueños*”. Es decir, la práctica asociativa de la conversación le otorga valor a lo subjetivo y lo torna socialmente perceptible. Sin ella, los sueños no serían más que una percepción individual socialmente inexpresada, sin ninguna relación con el concepto de calidad de vida. Y lo demuestra conjugando las dos tablas que siguen:

## VALORACIÓN DE LOS SUEÑOS

¿Con cuál de las siguientes afirmaciones usted concuerda más?

	%		%	No Aplic.	NS-NR
Los sueños son algo inalcanzable; o,	21	Los sueños se pueden hacer realidad.	78	–	1
Los sueños contribuyen a lograr sus objetivos de vida; o,	74	Los sueños no conducen a nada en la vida.	24	–	2
Es bueno soñar solamente cuando uno es joven; o,	7	Es bueno soñar en todas las etapas de la vida.	92	–	1
En los tiempos que vivimos no vale la pena soñar; o,	14	En los tiempos que vivimos es necesario soñar para poder enfrentar mejor el futuro.	84	–	2
Mi principal objetivo es que mis hijos salgan adelante, pero sigo teniendo sueños propios; o,	54	Ya no tengo sueños propios, mi único objetivo es que mis hijos salgan adelante	29	12	5

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 1999.

## VALORACIÓN DE LOS SUEÑOS Y CONFIANZA EN LAS CONVERSACIONES

(En porcentaje)

Valoración de los sueños	Confianza en conversaciones			
	Baja	Media	Alta	Total
Baja	38	26	24	29
Media	27	23	28	26
Alta	35	51	48	45
Total	100	100	100	100

Fuente: Encuesta Nacional PNUD, 1999.

Pues bien, algunos de los efectos de la televisión, cuyo acceso –ya se dijo– también se contempla como indicador de calidad de vida, contradicen o perturban la posibilidad de desarrollo de la asociatividad, otro indicador de estándares objetivos y subjetivos de calidad de vida.

Giovanni Sartori, en su libro, *Homo Videns. La Sociedad Teledirigida*, describe lo que sigue: “*En Estados Unidos la sesión televisiva de los núcleos familiares ha crecido de las tres horas al día en 1954 a más de siete horas diarias en 1994; quiere decir que después del trabajo no queda tiempo para nada más. Siete horas de televisión, más nueve horas de trabajo (incluyendo los trayectos), más seis o siete horas para dormir, asearse y comer, suman veinticuatro horas: la jornada está completa*”.

En el Informe del PNUD de 1998, Desarrollo Humano en Chile, se lee: “*El sentimiento de inseguridad no proviene de una falta de acceso a los medios de comunicación: de hecho, existe una amplia cobertura y una variada oferta. Por el contrario, el excesivo consumo de ellos, especialmente la televisión, puede también afectar a la Seguridad Humana por la vía de modificar ciertas conductas básicas de la sociedad*”.

En la actualidad la televisión constituye la principal actividad de las personas durante el tiempo libre, independiente del nivel socioeconómico. Se calcula que la gente en Chile ve un promedio de 3 horas y media de televisión durante los días de semana. Según éste y otros antecedentes incorporados en este Informe es admisible suponer que la televisión acompaña y potencia y el proceso de “retracción de la sociabilidad” reseñado anteriormente.

En suma, este ejemplo –que es sólo un ejemplo y no una opinión ni un juicio– sirve para advertir acerca de las precauciones que deben adoptarse al momento de interpretar datos que inicialmente se presentan como incuestionablemente objetivos para evaluar calidad de vida.

## 1.2 Alcances sobre las percepciones

Si los indicadores reales u objetivos sobre calidad de vida plantean dificultades analíticas como las resumidas en párrafos anteriores, tanto más lo hacen las variables asimilables al concepto *percepciones*.

El implícito distanciamiento y paralelismo que habitualmente se establece entre realidad y percepción tiende a tornar confuso o inexacto el empleo de este último vocablo. En efecto, en términos conductuales las percepciones son tan *reales* como las *realidades*. Es evidente que las personas y grupos prácticamente se comportan de acuerdo a cómo perciben la realidad y no en función de una realidad puramente *externa, objetiva* o de datos estadísticos que pretenden dar cuenta de tal realidad, salvo que éstos formen parte de los discursos que participan en el proceso de construcción de las percepciones.

En los estudios de las ciencias sociales contemporáneas, las percepciones no tienen un rango menor al de las realidades objetivas. El creciente interés por conocerlas y cuantificar las percepciones obedece al papel que desempeñan en la determinación de las conductas de las personas. Y la importancia de conocer el comportamiento de los individuos y de preverlo deriva de requerimientos de las dos instituciones claves que rigen a las sociedades actuales: la democracia y el mercado. Para el mercado, saber de las percepciones es necesario para tomar mejores decisiones sobre producción y publicidad.

Para la democracia, es importante porque le permite afinar las políticas públicas, en el caso de los gobiernos, y, en el de las oposiciones, le da la opción de ofrecer más adecuadamente sus alternativas. Así, los estudios y conocimientos sobre las percepciones entran de inmediato en el plano de la aplicación y en el de la competencia mercantil y política, competencia que alcanza a las propias percepciones. El juego democrático y las leyes del mercado impelen a una competencia para *producir* percepciones.

La cuestión, entonces, de cómo se evalúan y miden las percepciones adquiere un alto grado de complejidad, habida cuenta, primero, de que se encuentran sometidas a un continuo de influencias para crearlas o modificarlas y, segundo, porque las percepciones individuales, al fin de cuentas, terminan configurándose a través de un proceso que incluye tales influencias. Dicho de otra manera, las percepciones no se construyen desde la sola relación entre individuo y realidad objetiva. Entre ambos momentos existen mediaciones conformadas por percepciones previamente construidas por terceros agentes, o de señalamientos acerca de cómo construir las, que compiten por hacer que el individuo perciba de tal o cual forma. Puede decirse, en definitiva, que las percepciones individuales no son nunca obra puramente individual, sino producto de interacciones colectivas.

Las complejidades que rodean el fenómeno de las percepciones, y que se asemejan a un laberinto por donde se mueven las subjetividades para llegar a la percepción, interrogan los instrumentos analíticos más utilizados para su reconocimiento y cuantificación que básicamente son las encuestas, los sondeos de opinión y los *focus group* o talleres de discusión. Sin el más leve atisbo de querer negar el aporte de esos instrumentos, cada vez más perfeccionados y sofisticados merced a la adopción de las tecnologías modernas, a las ciencias sociales, cabe la duda de si son suficientes e idóneos para el objetivo *puro* de la investigación intelectual. Y al respecto siguen dos reflexiones:

- Los instrumentos de análisis, en general, y su implementación, en particular, no son ajenos a los propósitos de los estudios: son éstos, más bien, los que determinan la elección de los instrumentos y/o sus adecuaciones. El gran desarrollo que han experimentado se debe a los propósitos que surgen de las dinámicas mercantiles y de las competencias políticas. En lo grueso, esos instrumentos han evolucionado en virtud de responder tanto a las demandas de la publicidad comercial como a las de la propaganda con fines electorales. Quiérase o no, esas dinámicas tienen como finalidad inducir, manipular y orientar las percepciones hacia fines muy acotados: el consumo y el sufragio. Si bien es difícil medir en cuánto ese tipo de propósitos ha condicionado a los instrumentos y a las técnicas evaluativas en interrogación, sí es posible aseverar que éstos han perdido *independencia* y que no obedecen en plenitud a las necesidades del ámbito teórico.
- En los tiempos presentes, los instrumentos interrogados tienden a monopolizar el sistema de recursos analíticos de los que disponen las ciencias sociales. Ningún otro instrumento goza del prestigio ni de la credibilidad de ellos. El método endopático definido por Max Weber<sup>1</sup>

---

1 Recuérdese que la endopatía, como parte de la metodología de las ciencias sociales, la expone Weber en las primeras páginas de su obra cumbre *Economía y Sociedad*. Dice al respecto: "Toda interpretación, como toda ciencia en general, tiende a la 'evidencia'. La evidencia de la comprensión puede ser de carácter racional o de carácter endopático: afectiva, receptivo-artística... Muchos de los 'valores' y 'fines' de carácter último que parecen orientar la acción de un hombre no los podemos comprender a menudo, con plena evidencia, sino tan sólo, en ciertas circunstancias, captarlos intelectualmente; mas tropezando con dificultades crecientes para poder 'revivirlos' por medio de la fantasía endopática a medida en que se alejan más radicalmente de nuestras propias valoraciones últimas. Tenemos entonces que contentarnos, según el caso, con su interpretación exclusivamente *intelectual*".

virtualmente no tiene cabida. Sin embargo, cuando se trata de estudiar percepciones, o sea, fenómenos cargados de subjetividades, sutilezas, intangibilidades, emociones, encuentros y desencuentros entre discursos y prácticas entronizados en los sujetos, lo endopático, como método, es, simplemente, insustituible, si el objetivo del estudio es el conocimiento históricamente veraz.

El abandono del método endopático y el predominio de las encuestas como fuente de información, redundan en otra limitación analítica en lo que a las percepciones respecta. Las encuestas tienen muy pocas, y en la mayoría de los casos, ninguna posibilidad de discriminar entre el discurso de las personas sobre determinados temas y su verdadera opinión o percepción sobre los mismos. Esto es particularmente válido cuando las encuestas consultan sobre temas muy expuestos en los medios de comunicación y acerca de los cuales han emitido insistentes juicios, personalidades o instancias de gran influencia en la creación de opinión pública.

Este fenómeno también se manifiesta en virtud del peso que ejercen en las personas las escalas valóricas tradicionales. Por ejemplo, existen ciertas materias en las que las percepciones están apriorísticamente edificadas a partir de valores éticos, como es el caso de la pobreza. No cabe duda que si se integra en las preguntas de una encuesta la cuestión de la pobreza, ésta se ubicará en los primeros lugares de las prioridades que la gente piensa debería abocarse el gobierno. Y es muy probable que entre las personas que así opinan, habrá un buen número de ellas que se sienten prácticamente más conmovidas por las disposiciones que restringen la circulación de los automóviles con convertidor catalítico.

Hay que insistir en que distinguir entre *percepción discursiva* y *percepción efectiva* importa porque la segunda, mucho más que la primera, entrega información más confiable sobre las tendencias conductuales de la gente.

La necesidad de esta distinción, por otra parte, cobra tanta más relevancia por el creciente papel que cumple lo mediático, en especial, la televisión, en la formación de opinión y de *percepciones discursivas*. En el libro citado, Giovanni Sartori describe crudamente los vínculos *perversos* entre opinión pública, encuestas y televisión: “*Los sondeos no son instrumentos de demo-poder –un instrumento que revela la vox populi– sino sobre todo una expresión del poder de los medios de comunicación sobre el pueblo. Porque la televisión se exhibe como portavoz de una opinión pública que en realidad es el eco de regreso de la propia voz*”.

En Chile, un dato muy ilustrativo de estos mismos vínculos se encuentra en la Tesis de Grado presentada en 1997 por cinco alumnos de Periodismo de la Universidad de Chile y que versa sobre “**Influencia de los medios de comunicación social en la agenda de la Cámara de Diputados**”. En ella, y en base a suficientes y confiables datos, los autores arribaron a la siguiente conclusión que exponen en el Capítulo IX: “*Examinado el total de las iniciativas parlamentarias, existe un porcentaje de ellas (63 de 724) en el cual es posible establecer fehacientemente que fueron presentadas luego que la materia que trata cada una de dichas iniciativas hubiera sido introducida como tema públicamente por los medios de comunicación...; es posible sostener, por tanto, que los medios ejercieron entre 1990 y 1996 un importante rol como generadores de la agenda parlamentaria*”.

Para leer adecuadamente esta información hay que tener en cuenta que la actitud de los parlamentarios, en el caso estudiado, no se debe a la presión que ejercen en sí y directamente los medios de comunicación, sino a la que emana de la opinión pública que estos medios han creado.

En resumen, todo lo anterior sirve para reiterar las cautelas con las que deben interpretarse las encuestas, particularmente, cuando pretenden medir algo tan *intangible*, contradictorio y complejo como son las percepciones.

## 2. Algunas características de los perceptores

Lo escrito hasta aquí puede resumirse en tres hipótesis:

1. Lo que se concibe como calidad de vida *objetiva* o *real* tiene sesgos *prejuiciosos* por cuanto está construido como un *deber ser* que omite o subvalora rasgos de las culturas nacionales y de valores que de allí derivan. En definitiva, omite o subvalora el sustrato cultural valórico que predetermina, en gran medida, las miradas con las cuales las individualidades y colectivos perciben las realidades.
2. Las percepciones son también *reales*, toda vez que participan prácticamente en las conductas de los sujetos.
3. Los instrumentos que comúnmente se emplean para medir las percepciones son insuficientes para distinguir entre *percepciones efectivas* y *discursivas*, estas últimas preconstruidas por valores asentados tradicionalmente o por influencias de los entornos sociales y/o de los medios de comunicación.

Estas hipótesis sugieren la conveniencia de indagar acerca de parámetros culturales y valóricos que subyacen en la sociedad y que configuran las características genéricas de los perceptores. A continuación se bosquejan algunas de ellas.

## 3. Desorientaciones culturales y valóricas

*“El contexto histórico está marcado por los profundos cambios culturales que no denotan tan sólo una serie de mutaciones dentro de un mismo referente (época de cambios), sino también una transformación en los referentes (cambio de época). Esta mutación cultural obliga a repensar tanto la forma de convivencia como los principios éticos.*

*La época actual se caracteriza por la erosión de los esquemas tradicionales de comunicación e interpretación. Ahora la sociedad chilena ya no obedece a un código único. Se debilitan los antiguos lazos de confianza y diálogo, generando un clima de incertidumbre e inseguridad”. (PNUD, Informe Desarrollo Humano en Chile 2000.)*

El Informe del PNUD confirma que Chile vive una etapa de tránsito cultural que, como todo tránsito de esa naturaleza, genera conflictos que tienden a desorientar al individuo. Uno de los principales choques se produce entre la reculturización secularizadora e individualizadora que conlleva la tipificación de las relaciones del capitalismo moderno y la cultura tradicional inspirada en valores más comunitaristas y trascendentes (religiosos o ideológicos). Así, el choque es tanto mayor puesto que ambos momentos culturales se desenvuelven a través de formas distintas: la vieja cultura se encuentra en cosmovisiones y discursos de larga data y sólidamente elaborados, mientras que la neocultura se desarrolla desde espacios empíricos y cotidianos (v.g. relaciones de mercado) y todavía sin haberse legitimado valóricamente en todos los ámbitos sociales y, por ende, sin estar convertido en un sistema comunicativo suficientemente compartido por las subjetividades.

Ahora bien, estos dos movimientos culturales se internan en las personas, conflictuándolas tanto en lo que respecta a sus conductas como a sus percepciones.

### **3.1 Dispersión socio-estructural y homogeneización discursiva**

Las radicales transformaciones económico-estructurales que el país ha vivido en los últimos lustros han sido acompañadas, naturalmente, por modificaciones igualmente radicales en la esfera de las estructuras sociales y socio-culturales.

Abusando de la síntesis, puede decirse que el principal cambio en la estructura social está dada por una mayor heterogeneidad de los sectores que la componen, en comparación a la estructura social que predominó durante dos tercios del siglo XX. Esta heterogeneidad proviene de tres áreas gruesamente identificadas.

- Una tradicional que subsiste con escasas transformaciones.
- Una moderna que se ha conformado por adecuaciones o evoluciones de sectores tradicionales.
- Una emergente nacida o expandida significativamente en razón de nuevas actividades económicas instaladas por el proceso de modernizaciones.

Cada una de estas áreas integra grupos y subgrupos que aportan a la mayor heterogeneidad socio-estructural. Sin embargo, esta última no tiene un correlato estricto con una mayor heterogeneidad en el plano socio-cultural. En este plano, lo que se ha ido imponiendo es una tendencia a la dispersión cultural y valórica, es decir, la fragilidad o falta de autoidentidad socio-cultural de los sectores o grupos que dibujan el cuadro socio-estructuralmente heterogéneo. Y esto debido a lo siguiente:

- Los grupos con pertenencia al área tradicional han perdido fuerza autoidentificatoria porque sus patrones culturales y colectivos de otrora se van debilitando o disolviendo por efecto del creciente despliegue de los patrones culturales modernos.
- Los grupos modernizados o nacidos de las modernizaciones todavía no han creado discursos ni instancias culturalmente orientadoras que suplan a las tradicionales y que traduzcan sus experiencias y conductas a cuerpos ideológicamente unificadores e identificadores.

Estos rasgos socio-culturales, que debilitan la personalidad de sujetos y de colectivos sociales, son factores que facilitan la homogeneización cultural y discursiva que se realiza factualmente a través de los medios televisivos y otros medios de comunicación. Esta homogeneización, por cierto, resta autonomía, independencia en los perceptores e induce a que los instrumentos de medición de la calidad de vida, o de cualquier otra realidad, recojan más *percepciones discursivas* y menos *percepciones efectivas*.

### 3.2 Precarización de las clases medias

En el Chile tradicional las clases medias –o al menos sus núcleos centrales– constituían, de hecho, un sector elitario. No sólo porque se las visualizaba como “clases cultas”, sino, además, porque cumplían destacadas funciones en la creación de opinión pública y, en cierta medida, eran paradigma de y para la movilidad social. Por otra parte, bien puede decirse que los estándares de vida de algunos de sus estamentos dictaban pautas acerca de la calidad de vida *ideal* y deseable para los conjuntos masivos.

Hoy, sin embargo, son muchos los factores que se han modificado deteriorando la antigua posición social y de estatus de las clases medias. Algunos de ellos son:

- Medidas por ingresos, las clases medias se han masificado viéndose afectadas su identidad y personalidad.
- Los sectores profesionales que la componen también se han incrementado, pero cambiando la cualidad de las otroras *clases cultas* con la incorporación de profesionales y técnicos más directamente vinculados a las actividades económicas. Es decir, dentro de este subgrupo ya no predominan como antaño los profesionales de formación *humanista* (formación que casi espontáneamente conlleva a influir en creación de opinión). Se trata de nuevas profesiones en las estructuras económicas que, por lo general, ocupan lugares subalternos, no liderales, y están más distantes de espacios sociales. No puede perderse de vista, además, que los papeles de liderazgos intermedios que jugaban sectores de las clases medias se debían también a que eran, en número considerable, funcionarios del Estado y de uno que, como tal, ejercía funciones de dirección en infinidad de campos y sobre vastas redes sociales.
- En la actualidad y en escala social, el estatus de los profesionales y de las *clases cultas* es bastante menor al estatus que le concedía la sociedad tradicional.
- La segmentación social que presenta Chile, particularmente en las grandes ciudades, obstaculiza los nexos entre las *clases cultas* y los conjuntos populares.
- La masificación de las clases medias, su pérdida de identidad y personalidad, junto al desincentivo intelectual que produce la relativa desvalorización del conocimiento *humanista*, han tendido a mermar los niveles educacionales y culturales promedios de este conjunto.<sup>2</sup>

---

2 Se sabe que el 70% de chilenos mayores de 15 años no terminó la enseñanza media. No cabe duda de que dentro de esa cifra se encuentra un buen porcentaje asimilable a las clases medias.

Los efectos de la precarización de las clases medias no terminan en ella misma: se proyectan hacia la sociedad, particularmente hacia los sectores populares. No sólo porque se debilita su influencia culturizadora, sino también porque dejan de funcionar como *filtros*, como mediadoras entre los discursos oficiales e instrumentales de las elites privilegiadas y los universos masivos. En el pasado, las clases medias impedían o dificultaban el imperio, en el mundo popular, de las *percepciones discursivas*, el dominio sin contrapeso de las percepciones inducidas. Hoy, dada su precarización cultural, su disminuido liderazgo social no desempeña o lo hace muy débilmente ese papel y desde círculos reducidos. El fenómeno que destaca es a la inversa: gran parte de los componentes de las clases medias están incorporados a la *sociedad de masas*.

### 3.3 Las clases altas como paradigmas de calidad de vida

En contraste con las dispersiones y debilidades socio-culturales que aquejan a todos o a casi todos los conjuntos sociales, las clases altas han adquirido una presencia en Chile comparable a la que tuvieron hasta las primeras décadas del siglo XX. Y esto no se debe sólo a la acumulación de riqueza y poder, sino también porque en ella se encarna, en especial a través de la categoría de empresariado, la cultura, los valores, la ideología que proponen y exponen las dinámicas empíricas y la discursividad de la tipificación del capitalismo contemporáneo. ¿En qué grupo social se realizan a plenitud, sino en el empresariado, los valores y aspiraciones que impregnan la atmósfera cultural de la *modernidad*, como son la competencia, la iniciativa privada, la propiedad, el éxito, la ganancia, la razón instrumental, la capacidad de consumo y la disposición de bienes?

El modelo de calidad de vida de las clases altas es el que está en el imaginario de la sociedad chilena, casi como una neoutopía. Las clases medias se desviven por habitar en los barrios de las clases altas, por practicar sus deportes, por hablar con voz elevada sobre negocios; sueñan con independizarse y fundar pequeñas empresas. Las clases bajas imitan más modestamente a las altas: anhelan convertirse en trabajadores por cuenta propia y compran ropas, relojes, zapatillas con logos y nombres que asemejan a los de las marcas de prestigio.

La conversión de la calidad de vida de las clases altas en el paradigma social no es ajena a otras dos cuestiones. En primer lugar, se condice con el “efecto de demostración” que arriba desde los países más desarrollados. Y en segundo lugar, la pérdida de personalidad de los demás conjuntos sociales incluye la pérdida de otros *modelos* de vida satisfactorios y propios a concepciones y escalas valóricas distintas.

## 4. Reflexiones finales

Estas interrogantes acerca de las mediciones sobre calidad de vida y de sus percepciones y acerca de las relaciones entre ambos momentos están destinadas a llamar la atención sobre las cautelas analíticas que deben adoptarse al evaluar tales mediciones, dadas las serias carencias conceptuales respecto de lo que se quiere mensurar.

Un segundo propósito está vinculado a la finalidad que le da sentido a los estudios sobre estas materias y que no debería ser otro, para el mundo académico, que el de aportar al mejoramiento de las

políticas públicas y de su gestión. Asumido ese propósito es menester acotar, histórica y nacionalmente, el significado de calidad de vida. De lo contrario, o sea, si la calidad de vida se mantiene definida por marcos ideales y universales contruidos desde paradigmas particulares (países avanzados) y por subjetividades intelectuales que suponen que la objetividad de la calidad de vida es sólo la que emana de los índices existentes en esas naciones, entonces, las políticas públicas estarán más sometidas a la necesidad de responder a esos paradigmas ideales y a esas subjetividades de funcionarios internacionales, que a la de alcanzar logros nacional e históricamente demandados por las sociedades concretamente organizadas en estados nacionales.

Finalidad de este artículo es también el intentar demostrar que las percepciones colectivas, historizadas y nacionalizadas, deberían participar en la objetivación de la idea de calidad de vida y que para ello es necesario distinguir entre percepciones sociales autónomas (*percepciones efectivas*) y percepciones inducidas por las elites privilegiadas (*percepciones discursivas*).

Por último, el fin de estas líneas es el de hacer una convocatoria al mundo académico. Cuando una sociedad, como la chilena, denota un divorcio tan grande entre su realidad de calidad de vida –siempre medida por parámetros históricos y nacionales– y la percepción que de ésta se tiene, tal divorcio debiera ser un motivo de gran preocupación para la intelectualidad, porque quiere decir que la sociedad tiene escasas capacidades o voluntades de reflexión libre. Y a los académicos les cae más de una responsabilidad cuando las sociedades en las que ejercen su oficio son poco o nada reflexivas.

Pero la convocatoria es aún más concreta: que las percepciones subjetivas se gesten a partir de una mejor y más informada lectura de la realidad objetiva. El sujeto disponga de instrumentos intelectuales simples y a la mano para dimensionar su relación subjetiva con la realidad. Sería un enorme avance en calidad de vida si a ésta se la entiende también como más cognoscitiva, más volitiva, espiritualmente más libertaria y autónomamente más creativa frente y a pesar de los límites de la materialidad objetiva. ¿Y quiénes sino los académicos, los intelectuales organizados en y a través de sus prestigios e instancias podrían desarrollar los mecanismos evaluativos y propositivos para tal mejoramiento de la calidad de vida?